

**EL PARAÍSO DE LAS ISLAS
(I PARTE) 09-02
EL PADRE DEL CUCHILLO
(I, cc. 9-11)**

Emilio Sola
emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-Libros – El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 28/05/2012 y 20/07/2023
Número de páginas: 23
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



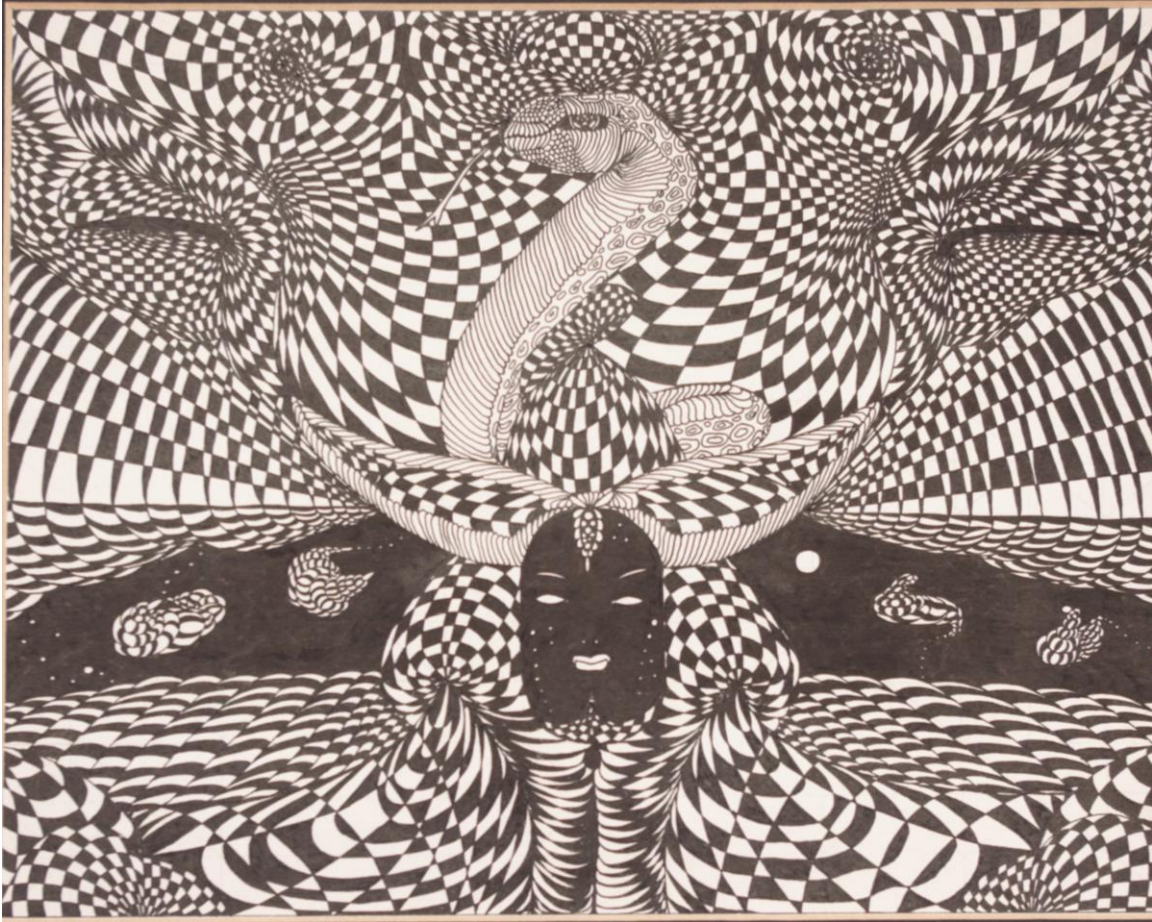
Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com



MARIEM, PARA TODOS LAS PRINCESA FATEMA

9

La princesa Fatema Bentmalek narra su vida en la ciudad roja, la historia de las desdichas de su familia y de su pueblo

Las tres mujeres se quedaron solas en la casa y Fatema, la princesa, aprovechó la ocasión para comenzar a narrarles a Fatema Bujudmi y a Mamía la historia de su vida y viaje. A lo largo del relato Mamía había ido pasando de la sorpresa y la incredulidad, primero, al verdadero interés y a la fascinación, luego, a la satisfacción y a la alegría de tener tan particular e ilustre muchacha en su casa humilde, al fin, a Fatema Bentmalek, como desde entonces la llamaría.

--Soy hija del rey Malek y nací y crecí en el palacio grande de la ciudad roja,

bastante al sur de su reino, en la linde del desierto. Desde el tiempo al que alcanza mi memoria, y hasta los catorce años, todo mi mundo fue los jardines del palacio grande y el gran palmeral que circunvala la ciudad roja; nunca había imaginado en mi niñez, a pesar de historias que se contaban en mi presencia de lugares muy lejanos, que no fuera aquello todo el mundo, todo lo que existía. Me enteré más tarde de que, siendo aún bebé, había viajado en alguna ocasión con mi madre y mi padre el rey a Nueva York y a varias capitales europeas, en los años de felicidad y juventud de mi madre y de tranquilidad en el reino, pero eso, como es fácil comprender, nada influye en mis recuerdos, no lo he podido memorizar.

Fui la hija mayor de mi madre, la princesa Yasmina, la mayor de siete hermanas, y sin duda fruto del tiempo de felicidad y de amor de ella y de mi padre, el entonces príncipe heredero Malek, del tiempo anterior a que éste se convirtiera en un hombre malvado.

Durante el séptimo embarazo de mi madre la princesa Yasmina, murió de muerte misteriosa mi abuelo el rey Mohamed, padre de mi padre Malek, el rey actual, a causa de una espina envenenada que alguna mano asesina introdujera en su babucha. Mi padre se convirtió en el nuevo rey con el nombre de Malek H. Ntani II. Y comenzaron las desdichas para mi país y para mi familia.

A mi madre, tras dar a luz a su séptima hija, no quiso volver a verla más y la repudió de hecho. Con nosotras siete, sus siete hijas, la menor niña de pecho aún en brazos, la reina Yasmina tuvo que abandonar el palacio grande y sufrir lo que podría considerarse destierro en uno de los palacios del palmeral, al este de la ciudad roja.

Nunca más habría de volver a ver al rey su marido y supo, por raras visitas y contados mensajes que sus familiares pudieron hacerle llegar, que todos los colaboradores próximos al trono de su familia y tribu habían caído en desgracia y habían sido sustituidos por nuevos personajes de confianza para el rey Malek, de otra tribu rival de la que había tomado nueva esposa, una muchachita de quince años de piel muy blanca y grandes ojos negros. -Fatema Bentmalek hizo una pausa, como para poner en orden sus ideas-.

Yo tendría ocho años cuando murió mi madre, la desdichada reina repudiada Yasmina, al año escaso de destierro en aquel palacio del palmeral al este de la ciudad roja, una tarde de primavera que recuerdo con precisión.

Jugaba con tres de mis hermanas mayores en uno de los extremos del palmeral, al lado de una fuente cercana a la alta tapia que rodeaba el palacio, infranqueable límite de nuestro jardín cerrado, cuando nos sorprendió el llanto prolongado de nuestra hermanita chica y acudimos al lugar de donde provenía; a la sombra de un limonero, en un claro del palmeral no lejos de la casa central del palacio, sobre una esterilla de rafia que solía usar para sentarse en el jardín o sobre la arena, estaba mi madre, uno de sus senos fuera de la túnica desabrochada en actitud de amamantar a nuestra hermana, que lloraba y se removía entre aquellos brazos que malamente la lograban sostener.

Desde lejos nos sorprendió la inmovilidad rara de nuestra madre y su cabeza desplomada extrañamente sobre un hombro y hacia atrás,

así como que no reaccionara, ella tan diligente siempre con nosotras, ante el llanto de la pequeña. Al acercarnos, en la creencia de que estuviera en el hondón del sueño, descubrimos con horror sus ojos y la boca muy abiertos, el gesto terrible de la muerte en aquel rostro. Como pude, desprendí de sus brazos a mi hermanita; conseguí que dejara de llorar mientras mis dos hermanas, entre lágrimas gritando lo que había ocurrido, corrían hacia el palacio para pedir ayuda. -Fatema se tomó un nuevo respiro y luego continuó-. En el destierro al palacio del palmeral nos había acompañado una familia que desde siempre había estado al servicio de mi madre; eran algo así como parientes pobres de la tribu de la que ella era originaria, y mi padre el rey Malek había consentido que nos siguiera atendiendo como únicos criados en la nueva etapa de nuestras vidas. Sidi Mohamed se llamaba el padre, Zohra la madre, aunque todos le decíamos Ma, Yamel el hijo mayor, y en verdad era un hermoso muchacho, Mariem la hija segunda, exactamente de mi edad e inseparable compañera y confidente mía desde la más tierna infancia, y Mustafa el niño chico, de la edad de mi tercera hermana, morenísimo, vivaracho como un fenec del desierto, reidor...

Pues bien, a los gritos de mis hermanas Ma Zohra se llegó corriendo, agitadísima, hasta donde estaba nuestra madre, la reina Yasmina, sin vida. Nos mandó a todas que entráramos en la casa y desde lejos la observé; después de muchos aspavientos que expresaban su dolor, arañarse el rostro y mesarse la amplia cabellera alheñada, ella sola tendió a mi madre sobre la esterilla, su cabeza hacia oriente, tal vez le cerrara los ojos, y la cubrió con una ligera manta de algodón de franjas de colores; a continuación corrió hasta la puerta principal del alto muro que rodeaba el palacio y nuestro palmeral y habló con el jefe de los soldados que hacían guardia permanente en ella. Recuerdo que mis hermanas, Mariem y yo ni siquiera llorábamos: no entendíamos bien lo que estaba sucediendo. Desde la casa observamos gran movimiento y, finalmente, un coche furgón militar entró en el palmeral y, supimos, en él cargaron el cuerpo de mi madre, Ma Zohra nos había de decir más tarde que para el hospital de la ciudad roja pues la pobre ("¡Mesquina!", repetía entre suspiros) estaba muy enferma. Cuando Sidi Mohamed llegó en el camioncito rojo en el que casi a diario salía de madrugada para volver a mediodía o a media tarde con él cargado de lo necesario para la casa, Ma Zohra debió contarle pormenorizadamente lo ocurrido y notamos en su rostro signos de preocupación. Mas a nosotras nada nos dijeron, salvo que la reina Yasmina estaba muy enferma y tardaría un tiempo en volver a nuestro lado.

A Mamía se la veía muy emocionada; con una punta de su vestido vaporoso azul pálido hubo de limpiarse una lágrima que le resbalaba por la mejilla tatuada abajo.

--¡Pobre reina Yasmina! -musitó la vieja Mamía, y como algo enojada-. Y tu padre el rey Malek, ¿no vino a visitaros ni os mandó ir a su lado?

--No, aunque tal vez fuera mejor así -continuó Fatema Bentmalek-.
Tres años transcurrieron antes de tener noticias tuyas
y más hubiera valido que nos hubiera olvidado para siempre.
Cada mañana venía al palacio un anciano ulema; nos enseñaba a la chiquillería
la lectura y el recitado de los textos sagrados, salvo a Yamel
que cada día acudía a una escuela cercana, y con el anciano ulema
comenzamos mi amiga Mariem y yo un juego inocente que más tarde
iba a resultar decisivo para nuestras vidas. Gustábamos Mariem y yo,
de la misma edad como os había dicho, gustábamos de disfrazarnos
y hacer breves representaciones de historias inventadas
o que nos hubieran narrado un día, mis hermanas y Mustafa,
el más chico de los hermanos de Mariem, espectadores agradecidos.
Hasta que un día se nos ocurrió disfrazarnos la una de la otra,
yo, Fatema, de Mariem, Mariem de mí, con la complicidad
de las hermanas y de Mustafa, y comportarnos ante el anciano ulema
en consecuencia; nuestra alegría fue grande cuando comprobamos
que el viejo no se daba cuenta del juego, realmente su vista era escasa
y, además, se transfiguraba con la serpentina de la escritura
y se quedaba traspuesto con nuestras salmodias, como en éxtasis sin duda
provocado por el timbre alto de nuestras vocecitas infantiles...
Así que desde aquel día repetimos la comedia ingenua
y durante más de un año fuimos para él yo Mariem y mi amiga Fatema,
así como para mis hermanas y para Mustafa todo el tiempo
que duraba la clase o representación. En estas sencillas
e inocentes diversiones pasábamos los días infantiles
cuando mi padre el rey Malek, para nuestra desdicha, comenzó a acordarse
de nosotros. Una mañana del final del invierno, recuerdo,
llegó Sidi Mohamed antes de lo habitual y le observamos
más sombrío y taciturno de lo que solía. Con el anciano ulema
salió de nuevo y volvió antes de mediodía con su hijo mayor Yamel.
Mariem y yo tendríamos por entonces casi los doce años
y Yamel, algo mayor que nosotras, dos años más, tal vez dos y medio.
Era un hermoso muchacho que nos tenía subyugadas
tanto a su hermana como a mi y conseguía hacernos felices
cuando se dignaba hacernos algún caso y nos contaba historias del mundo
más allá de la alta tapia o muralla que cerraba para nosotras
aquel rincón del palmeral inmenso. Después de comer, Yamel,
muy limpio y peinado, con las ropas más nuevas que tenía,
nos invitó a Mariem y a mi a dar un paseo y nos fuimos los tres
al más recogido lugar del jardín, aquel de las confidencias inolvidables
de algunos atardeceres. Allí nos puso al corriente de lo que estaba sucediendo.
El rey Malek había enviado un mensaje a su padre Sidi Mohamed
y le pedía que le enviara a él, Yamel, a palacio para su servicio.
Al principio les había preocupado porque creían que tal vez fuera para la guerra
que por entonces se estaba fraguando contra las confederaciones tribales
de los nómadas del sur, a quienes el rey quería someter en condiciones
que eran consideradas como indignas por aquellos hombres,
pero luego se tranquilizó Sidi Mohamed porque le aseguraron que era

solamente para servicios palaciegos. Yamel estaba contento porque iba a iniciar su viaje, como él decía, pero a Mariem y a mí nos llenó de tristeza la noticia.

Yamel, sus ojos vivísimos y risueños aquella tarde, nos consoló y nos prometió que en cuanto pudiera intentaría hacernos ir a su lado; fue entonces cuando, tal vez por una de esas intuiciones femeninas inexplicables, le pedimos que cuando eso sucediera pensara en mí como su hermana Mariem y en Mariem como si fuera yo misma, la princesa Fatema, hija de la desgraciada reina Yasmína. Entre bromas de Yamel, los abrazos de la despedida y nuestras lágrimas, el chico nos lo prometió así. A la caída del sol, y no sé por qué pienso que en el mismo coche-furgón en el que vimos transportar el cuerpo de mi madre muerta, se llevaron de palacio a nuestro Yamel, su cuerpo hermoso lleno de vida, su sonrisa radiante y franca, sus ojos negros y amistosos... No volveríamos a verle hasta casi un año más tarde... ¡Ojalá todos los reyes del mundo puedan ser un día destronados!

Fatema Bentmalek hizo una pausa larga que Fatema Bujudmi y la vieja Mamía respetaron, sin duda compadecidas de la tristeza que el recuerdo parecía provocar en la muchacha. Mamía encendió el hornillo y se dispuso a preparar de nuevo el té.

--No es necesario que remuevas recuerdos que te causen dolor, hijita...
-dijo Mamía.

--Prefiero terminar de contaros toda la historia. Olvidarla sería cobardía y mi proyecto de vida se asienta necesariamente en ella.
-El tono de la princesa Fatema era de una gran convicción-.
Tres cartas nos llegaron de Yamel antes de su visita. La primera, gozosa, a los pocos días de su partida, transmitía alegría toda ella; nos deseaba salud y nos decía que nada le faltaba salvo nuestra presencia amada, y que el mensajero por el que nos enviaba la misiva, un joven soldado con quien había hecho amistad, destinado a la guardia en la puerta del palacio por unos días, no podría volver a ser su mensajero porque le enviaban al sur, a la guerra que debía comenzar pronto; la próxima, terminaba, nos la haría llegar directamente al rincón de nuestras confidencias, al lugar del palmeral de nuestra despedida. Adornaba su bella escritura con bonitos dibujos de colores, cenefas y ramitas, seis flores, un corazón y dos palomas... La segunda carta no llegó hasta meses después, en pleno verano, y efectivamente nos la encontramos una tarde en el rincón del palmeral que nos había indicado en la anterior misiva; bien plegada, la había envuelto luego en papel de estaño de paquete de cigarrillos y en un pañuelo de seda azul que aún conservo; con ayuda de una honda, sin duda, había salvado el mensaje la altura de la muralla y había quedado en el lugar preciso, aquel rincón de la despedida y que él sabía que nadie frecuentaba salvo nosotras casi a diario en nuestros juegos. Su letra, aunque bien dibujada y cuidada, mostraba nerviosismo o prisa; nos deseaba salud, nos decía que nos echaba mucho de menos, que a pesar de que en su servicio en palacio

estaba muy cerca del rey, lo cual era honorable, se sentía un poco fatigado y añoraba nuestro palmeral; nos recordaba, para terminar, y eso nos causó cierta zozobra a Mariem y a mí, que no nos olvidáramos de aquel plan que le habíamos contado antes de su partida de intercambiar nuestros nombres delante de los extraños y, en particular (eso fue lo que nos produjo más inquietud), ante posibles enviados del rey Malek a nuestra casa-palacio del palmeral.

Mamá había servido tres nuevos pocillos de té y Fatema Bentmalek aprovechó el momento para reordenar sus ideas. Las tres mujeres sorbieron la aromática infusión verde.

--Sidi Mohamed había envejecido mucho y rápido por entonces. Se le veía preocupado y tanto Mariem como yo creímos conveniente establecer todo un plan para provocar confidencias de Ma Zohra, plan que dio resultado. Un día nos lo contó. Sidi Mohamed había logrado ver en alguna ocasión a nuestro Yamel y no le había causado buena impresión su aspecto físico a pesar de que el muchacho procuró mostrarse alegre en las entrevistas con su padre; no había sabido Sidi Mohamed explicárselo bien, pero ni sus ropas ni otros detalles de su comportamiento y físico -"tenía kojol en los ojos, y no por enfermedad", le había comentado con inquietud el viejo a Ma Zohra- le habían agradado. Más aún, intuía que debía de ser grave porque Sidi Mohamed había desmejorado mucho desde entonces; comía mucho menos, y lo poco que comía le sentaba mal al estómago; tenía días enteros de desgana y, depresivo, pasaba algunas noches en vela, los ojos fijos en el artesonado de la habitación... Mariem y yo consolamos como pudimos a Ma Zohra, le mostramos las dos cartas que Yamel nos había hecho llegar y, cuando se hubo repuesto tras un llanto para nuestro gusto demasiado prolongado que, sin embargo, la aligeró de tanta pena como albergaba su corazón, le contamos nuestro plan de cambio de nombre, de Mariem y mío, por lo que pudiera suceder. El hecho de que a Yamel le hubiera parecido bien y así nos lo hubiera participado en la última carta, hizo que Ma Zohra lo aprobara. Entre las tres les dijimos al pequeño Mustafa y a las cinco de mis hermanitas que podían comprenderlo, ya acostumbradas, por otra parte, a aquel hasta entonces juego en las clases diarias del anciano ulema, que desde entonces yo sería Mariem y Mariem sería Fatema, la hija mayor de la reina Yasmina y del rey Malek. El secreto sería un acuerdo entre nosotros que nos uniría más frente a los extraños.

Tras una pausa, Fatema siguió con su relato.

--Ma Zohra quedó en confiarle el plan a Sidi Mohamed, y supimos cuándo lo había llevado a efecto el día en el que el ya muy envejecido padre nos llamó a cada una con el nombre de la otra, con un guiño que sólo nosotras supimos captar, y ostentosamente, una mañana en que acudió a despedir al anciano ulema en nuestra presencia.

Fatema Bentmalek se cubrió el rostro con las manos unos momentos, sin duda para reordenar de nuevo sus ideas, y continuó.

--La semana misma en que Sidi Mohamed no pudo abandonar el lecho, cuando llegaban los primeros fríos del invierno, recibimos la tercera y última carta de nuestro Yamel antes de su venida de visita al palacio del palmeral. Muy breve, nos deseaba salud con una fórmula que nos entristeció. "Espero que cuando recibáis esta carta gocéis de más salud y felicidad de la que yo gozo, toda la salud y felicidad que os deseo, mis bien amadas hermanas del alma", recuerdo que había escrito con letra más toscamente dibujada que en ocasiones anteriores. Y pasaba, a continuación, con una brusquedad que podía parecer descortés si no hubiera sido por la urgencia que transmitía, a decirnos que el rey Malek enviaría en breve un mensajero a nuestra casa, que estuviéramos preparadas, que haría lo posible por poder venir él en persona acompañándole, y que no hiciéramos mucho caso de lo que hablara en público, en el caso en que pudiera venir, que esperaba poder tener ocasión para tener una entrevista con nosotras en privado, "en ese lugar que conocéis, terminaba, a una hora discreta, en el rincón del palmeral de nuestra despedida y en donde hallaréis esta carta". Sin firma y sin despedida, había añadido una nota con otra tinta diferente en la que nos decía que destruyéramos sus tres cartas. Mucho lloramos, con Ma Zohra, cuando así lo hicimos. Como la anterior, la carta venía envuelta en papel de estaño o de aluminio de paquete de cigarrillos y, en vez de en un lindo pañuelo de seda, en una bolsa de plástico amarillo, tal vez para protegerla si la lluvia llegaba a caer en aquel inicio de invierno y pudiera convertir en un barrizal nuestro amado rincón de la despedida... Tres días después llegó el enviado del rey Malek. Y Yamel no venía en su compañía.

10

Halimo y Lauari vuelven de echar las redes y la princesa Fatema sigue con su historia, que rematará el moreno saharauí Salem, uno de los capitanes de la dentadura áurea

Atardecía. El sol acababa de ocultarse por el monte coronado de castillo que dominaba la ciudad de los vientos. El cielo se había coloreado de intenso rojo que, poco a poco, había ido dulcificándose en naranja y desvayendo al amarillo pálido y al blanco. Fue entonces, justo en ese momento en que Fatema Bentmalek llegaba a ese punto de su relato, cuando se escuchó una canción que hizo sonreír a Mamía. Eran voces femeninas, dulces y medianamente entonadas, sin duda de chicas muy jóvenes.

--Ya está Halimo doblando el espolón del faro
y entrando en el pedregal -comentó Mamía a las dos Fatemas.

Las tres mujeres se pusieron en pie y se acodaron a la baranda. En efecto, Halimo y Lauari entraban en el embarcadero de Cueva del Agua en el chinchorro. La canción de las chicas de hermosa voz decía más o menos así: "¡Ya viene Halimo con la Fluca Linda! ¡Qué fuerte es Halimo! De un golpe de remo mató al tiburón. ¡Ya viene Halimo con la Fluca Linda! Dinos, pescador, ¿quién será tu chica?". Mamía les explicó que aquellas muchachitas que cantaban eran las hijas de los vecinos, no muy numerosos, de Cueva del Agua y que cada mañana y cada tarde recibían la llegada de Halimo con canciones similares a la que acababan de escuchar; a veces le componían alguna nueva letrilla alusiva a algún suceso reciente, como aquella del tiburón, aunque el tiburón no había sido tal sino un gran mero que Halimo y Sherico habían pescado la semana anterior. A Sherico no le cantaban, y eso que era un buen muchacho con ellas. Siempre sus canciones iban a Halimo dirigidas, ya entraba en lo cotidiano del lugar. Las risas de las muchachas, que debían estar en algún barandal similar al de la casa de Mamía, algo más cerca del mar, se oían como otra hermosa canción coral mientras Halimo y Lauari achicaban la barca y la subían izada a pulso sobre sus cabezas a la cabañuela que ocupaban los dos ahijados de Mamía. Del sol, tan sólo últimos, minúsculos ya, arreboles.

Entre las tres mujeres prepararon un gran potaje para todos en una de las dos ollas a presión de la cocina de Mamía, una realmente gigantesca, la de los días de visitas. Fatema Bujudmi, acostumbrada a mesa grande, con muchos comensales, combinó a la perfección en un periquete lo que encontró por la despensa y el frigorífico. Cuando Lauari y Halimo llegaron a la casa –se habían dado un baño en el pedregal para refrescar tras la faena de dejar echadas las redes y venían frescos y relajados, el pelo aún mojado y brillante- estaba todo casi listo y ayudaron a las muchachas a poner la gran senía o bandeja de latón cobreño.

Ya estaba todo dispuesto para la cena cuando llegaron Sherico y Salem con las compras que habían efectuado en la ciudad de los vientos. Venían muy cargados y otros dos chicos les habían ayudado a transportar todo; les ofrecieron quedarse a cenar pero declinaron corteses la invitación. Salem venía encantado con todo lo que había visto en el mercado, en particular con las frutas, fascinado con las manzanas. Sherico se reía de su asombro.

--Quería traerse de todas las clases y tamaños. Cada vez que veía un vendedor de manzanas en su puesto de venta, allá que iba Salem para ver si ya teníamos o no de aquella calidad...

Después de cenar, limpia y brillante de nuevo la bandeja y extendidas colchonetas en su torno sobre la roja, negra y mullida

alfombra de Aflú, Lauari preparó unos cigarrillos de hachís para quien quisiera y Mamía acercó el hornillo eléctrico y los cacharros y vasitos para el té.

--Fatema Bentmalek estaba contándonos una bella historia -comentó la vieja-. Creo que ésta es la hora más adecuada para escuchar la continuación.

Salem sonrió y se acodó a la baranda de madera. Las luces del puerto y de los barcos, las luces de la ciudad y el castillo en el monte iluminado, la presencia sonora del mar... Fatema, la princesa, relató muy brevemente lo que Lauari, Halimo y Sherico no conocían, antes de proseguir con más detalle.

--El enviado del rey Malek era un hombre mayor de pelo entrecano, mirada enrevesada y de soslayo, de esas inquietantes de párpado semicaiído, y movilidad de manos que se entrelazan y separan con demasiada frecuencia. Ricamente vestido, ostentoso incluso de túnica de franjas bordadas en seda y oro, venía acompañado de un gigantón negro de gordura y gestos fofos, como él ricamente ataviado. A las chicas nos llamó la atención un bello aro de plata bien labrada en el lóbulo de su oreja derecha. Dos soldados jóvenes les habían escoltado; Mariem y yo habíamos creído, al principio, que Yamel podía ser uno de ellos, pero no era así; se quedaron a la puerta de la casa, en el exterior, haciendo guardia. No quisieron tomar nada de lo que Ma Zohra les ofreció ni el enviado del rey Malek ni su acompañante negro y, nada más llegar, preguntaron quién era la hija mayor del rey Malek H. Ntani II y de la difunta reina Yasmina. Todos, salvo Sidi Mohamed que, muy mal de salud, había pedido permiso para tenderse en uno de los divanes de la sala y allí se mantuvo silencioso y con los ojos cerrados, todos miramos a Mariem con adusta unanimidad y el enviado del rey le rogó que se aproximara a él. Así lo hizo Mariem, pálida y seria, guapísima aquella tarde, y a una señal del enviado el gigantón negro se acercó a ella, examinó su pelo, sus dientes, palpó sus brazos, sus pechitos y cadera, como si de un animalito a la venta se tratara, y luego hizo un gesto de asentimiento y volvió a su antigua posición, cruzado de brazos tras el enviado del rey.

Preguntaron luego a Ma Zohra quién era yo. Todos, unánimes, dijimos "Mariem", y Ma Zohra explicó que su hija, la hermana segunda de Yamel, a quien conocerían de palacio. Eso fue todo. Ma quiso saber algo de Yamel, pero el enviado nada le dijo salvo que estaba bien. Se despidió con un escueto "queden en paz; a principios de la primavera recibirán nuevas noticias y les será comunicado el designio y la voluntad de nuestro rey, loado sea su nombre". Y se fueron...

Aquel fue el invierno más triste que recuerdo de mi vida. A finales de febrero murió Sidi Mohamed y, en aquella ocasión del entierro, recibimos la alegría de la visita de Yamel.

Mamía sirvió de nuevo vasitos de té para todos, Salem aún a la baranda, al fondo la noche, luces del puerto, el sonido continuo y profundo y el olor de la mar. Habían ido recostándose en las colchonetas, las nuca de los unos en el regazo o en el muslo de los otros, en torno a una hermosa Fatema Bentmalek erguida narradora.

--Había muerto Sidi Mohamed como un pajarito, como sin darse cuenta, sin que una queja saliese de su garganta en los últimos días de su prolongada enfermedad; sólo, de vez en cuando, algún suspiro y, como entre sueños, algún "¡Ya, Yamel!" o algún "Bismillah". El llanto de Ma Zohra por su marido muerto fue también nada espectacular, llanto contenido... Yamel llegó a las pocas horas de conocer la muerte de su padre y, como os decía, fue su llegada una alegría para todas nosotras y su hermano Mustafa en aquellas horas de luto. Llegó elegantemente vestido y adornado con un hermoso collar de esmaltes y coral, así como con numerosos anillos en los dedos y dos bellas cadenas de oro en las muñecas. Le acompañaba otro compañero cortesano y dos soldados que se quedaron a la puerta de la casa, como había sucedido a la llegada del enviado del rey meses atrás. Nada más entrar en la casa, antes de pasar a la habitación donde estaba tendido el cadáver de su padre, Yamel y su compañero se quitaron la amplia chilaba de invierno de pelo de camello marrón que ocultaba sus ricas ropas y nos abrazó una a una a todas nosotras y a su hermano Mustafa. Aunque su compañero cortesano, poco mayor que Yamel, tenía ya toda su dentadura de oro, nuestro hermano --y nunca mejor ni más adecuada denominación de hermano que entonces para Yamel-- conservaba aún su dentadura natural, blanca brillante y bien dibujada. Recuerdo que, fascinada por la dentadura áurea de su compañero, le comenté algo sobre su hermosura y Yamel, con la única sonrisa, aunque triste, de aquella visita, me respondió que tal vez pronto él luciera una dentadura similar a aquella que me llamaba la atención, y eso querría decir que habría comenzado su tiempo más pleno y arriesgado de cortesano, su más peculiar contacto e intimidad con el rey Malek, su tiempo del tránsito brusco a la madurez.

No pude comprender entonces sus palabras, pero luego supe que estaban preparándose para aquel paso decisivo, la pérdida de sus dientes y molares, y que estaba mentalizándose para poder considerarlo como un honor aunque le costaba sobremanera. Le relaté en un aparte, poco antes de que Yamel nos dejara para acompañar el cadáver de su padre, nuestra entrevista con el enviado del rey, y Yamel me dijo que habíamos hecho bien en iniciar el plan trazado de cambio de personalidad, que tal vez se avecinaban tiempos duros. Nos dio, a cada una de nosotras, las siete princesas, y a Mariem, un anillo; éste que aún conservo y que, como yo, las ocho conservamos en el dedo meñique. Y nos dijo que no nos preocupáramos por él cuando oyéramos hablar de la guerra que se iniciaba por entonces en el desierto, pues tenía recursos abundantes para no salir de palacio, que no había peligro

de que le hicieran participar en aquella guerra cruel e injusta contra los vecinos del sur. Luego, poco antes de que en el fatídico furgón que un día condujera a nuestra madre la reina Yasmina muerta y otro día al casi niño Yamel a su nuevo destino en palacio al lado del rey Malek..., poco antes de que el mismo fatídico furgón sacara el cadáver de Sidi Mohamed del palacio del palmeral del este y a Yamel y a sus acompañantes como único séquito para el entierro, Yamel nos condujo a Mariem y a mí al rincón de la despedida, y allí nos tratamos con mayor intimidad, lágrimas y abrazos. "Cuando estéis en palacio -vino a decirnos, más o menos- y coincidiáis conmigo en público, no hagáis caso de mis modales y maneras ni de mis palabras porque serán fingidas... Sólo cuando estemos a solas os mostraré con claridad y franqueza lo que suceda en mi corazón, os podré decir lo que debemos hacer". Mariem y yo lloramos mucho aquellos días. Tanto por la partida definitiva de Sidi Mohamed, que el cielo acoja, como por las palabras y despedida de nuestro hermano Yamel.

Era tarde ya, avanzada la noche, y aunque todos tenían algo que hacer al día siguiente temprano, recoger las redes y llevar la pesca a la ciudad, hacer compras o preparar la continuación del viaje, nadie quiso interrumpir la historia que narraba Fatema Bentmalek. Ésta continuó tras la pausa, el grupo relajado en torno, pendiente de sus palabras.

--Por fin, un año largo después, un mes de mayo, nos mandaron llamar a palacio a Mariem y a mí. Teníamos catorce años y fuimos alojadas en el pabellón de mujeres que llamaban del hamam o baño de mármol rosa. No quiero aquí recordar ni evocar para vosotros el ambiente peculiar de aquel palacio de mujeres y harem real, nuestro susto y aturdimiento durante los primeros días, la curiosidad que despertamos entre nuestras compañeras, las primeras intrigas de aquellas mujeres que en el momento gozaban del mayor favor real, principalmente de parte de la favorita, ya madre de un varón hijo del rey Malek, los emotivos momentos de confidencia y llanto de algunas de aquellas muchachas, los terribles de histerismo y llanto, los tensos de generalizada procacidad... Uno de los pocos hombres que veíamos entrar y salir con normalidad de nuestro pabellón del baño rosa era aquel gigantón negro de formas redondeadas y blandas que nos visitara un día en el palacio del palmeral con el enviado del rey. Muy respetado cuando estaba presente, en su ausencia se contaban muchos chismes a su costa, entre risas, y una de nuestras compañeras más veteranas nos explicó que era un capado, un eunuco, tal como si fuera mujer, y que era terrible su desfavor. Muy pronto, Mariem y yo teníamos elaborada nuestra estrategia. Ella, para todos la hija mayor del rey Malek y de la difunta reina Yasmina, adoptó una postura altanera y exigió, siempre asesorada por mí en privado, una estricta etiqueta a su alrededor que pronto la convirtieron en figura central de la casa del baño rosa; y más cuando logró que su entrevista con el rey Malek fuera un rotundo éxito y pasara a convertirse en pieza clave en los planes del rey que quería casarla con el hijo de su mayor aliado en el sur, un tío abuelo de Salem que habitaba,

medio invitado privilegiado medio rehén, en uno de los más bellos palacios de la ciudad roja, cerca del palacio real. Yo, por mi parte, para todos Mariem, la sirvienta y amiga de infancia de la princesa Fatema, me mostraba tímida y apocada, poquita cosa o nada sin la sombra protectora de mi ama y señora, desaliñada en el vestir y en el adorno en contraste con el lujo exquisito de la verdadera Mariem/princesa Fatema, y así conseguí pasar completamente desapercibida incluso ante los ojos del rijoso rey, mi padre Malek. Durante dos años nuestro comportamiento afectado fue todo un éxito. Pero, ya en plena guerra, las bodas de la princesa Fatema, para todos mi amiga Mariem, precipitaron los acontecimientos. Todas mis hermanas estaban ya en palacio, Ma Zohra y Mustafa se habían instalado en una casita del barrio viejo de la ciudad roja, Yamel en el ojo del huracán de la conspiración contra el rey Malek, todos sus dientes y molares ya de oro.

Muy avanzada la noche, abundante hachís y té consumidos, Salem abandonó la contemplación del mar nocturno y costa iluminada y, en pie en el centro del grupo, ayudó a terminar el relato a su compañera de viaje de huida.

--Fatema Bentmalek: te estás convirtiendo en una tan buena narradora que, a este paso, tres días y tres noches, como los antiguos poetas y cantores igauen de nuestro pueblo, nos podrías mantener pendientes de tus palabras. Y en un tiempo en el que necesitamos más pasar a la acción que recordar -comenzó Salem, en tono pausado pero firme-. Es el caso, queridos amigos, que hace tres años, como decía Fatema, en el momento álgido de la guerra del Sahara, que quiera los cielos esté a punto de terminar, como lo espero, inmediatamente después de celebrada la boda entre Mariem, princesa Fatema para todos, y mi tío el gran traidor, hube de dejar mi puesto en la ciudad roja, por orden de Yamel, y sacar a Fatema de la corte y país. En aquella ocasión Mariem y Fatema habían descuidado su comportamiento y el rey Malek había puesto sus ojos en la verdadera princesa Fatema, para todos su criada Mariem, y todos sabíamos lo que aquello significaba de deshonor: había que evitar el incesto pero, sobre todo, había que evitar que fracasara la conspiración. Estos últimos tres años, de tribu amiga en tribu amiga hasta conseguir abandonar el territorio de guerra y el país, han sido tan densos y tan definitivos que no debemos evocarlos aquí para vosotros. Sólo deciros que estamos a las puertas del derrocamiento del rey Malek, que necesitamos un buen barco con urgencia, Lauari, a ti te lo digo y en ti confío, que tenemos los fondos necesarios para llevar a cabo esta misión para todos secreta menos para vosotros, y que yo también soy uno de los conspiradores de la dentadura áurea.

Y al decir ésto Salem se quitó su blanquísima dentadura, la frotó con un líquido que llevaba en el bolsillo y apareció ante los ojos de los que le escuchaban atónitos una dentadura de oro deslumbrante.



LA TRAMA DE UNA CONSPIRACIÓN

11

El amanuense resume un manuscrito conservado en la biblioteca de don Borondón: "La epopeya de los 35 capitanes de la dentadura áurea", con el ascenso fulgurante del joven garzón Yamel en la corte del malvado Malek H. Ntani II

A estas alturas del relato sobre el padre del cuchillo que le encomendaran redactar, a este amanuense -y perdonen las coletillas de oficio, esas "frases hechas" de amanuense que nos delatan, ya casi lugares comunes, gajes del oficio podrían ser-, a este amanuense se le ocurre que debe incluir aquí, porque pudiera ser su lugar, una hermosa historia que otro colega dejara ordenada y bien escrita, hoy en la biblioteca de don Borondón a la espera de su turno para salir a la luz.

Dada su extensión, no es posible incluirla literalmente porque dañaría de manera irreparable la posible unidad estructural de este relato, por lo que a este amanuense se le ha ocurrido resumir lo esencial de dicha historia en unas páginas, esforzándose en ceñir ese resumen en torno a la figura de Yamel

y sus compañeros en la aventura que culminaría con el derrocamiento y muerte del cruel y depravado Malek H. Ntani II. Una vez hecho esto, piensa que podrá continuar con la historia del padre del cuchillo con mayor tranquilidad y holgura de mente.

Pues bien, el manuscrito de mi colega amanuense se titulaba, aunque no estaba escrito en verso, "La epopeya de los treinta y cinco capitanes de la dentadura áurea". Lauari Bujudmi nunca conoció dicho manuscrito, porque aún no está publicado, pero sí que conoció bien la historia de los treinta y cinco capitanes y tal vez alguno de sus dientes de colores se le ocurrió ponérselo en su honor.

*

Siete años transcurrieron desde la muerte de Sidi Mohamed, padre de Yamel, y del abandono del palacio del palmeral de la ciudad roja de su madre Ma Zohra, de su hermana Mariem, de su hermano Mustafa y de las siete hijas de la reina Yasmina. Siete años fue el tiempo que el aún joven cortesano precisó para organizar la trama de la más brillante, recordada, legendaria y efectiva conspiración de palacio contra el tiránico rey Malek H. Ntani II; y la gran guerra del sur contra las confederaciones tribales saharauis, facilitó el éxito de aquella magna operación. Fue una noche de gran luna la noche de la revelación para Yamel, la noche en la que intuyó la posibilidad de un vasto plan, y otra noche de gran luna también la que los conspiradores elegirían, cinco años después, para ejecutarlo.

La noche de gran luna de junio, última de la primavera y catorceava del ramadán aquel año, Yamel no pudo resistirse a una vaga nostalgia, como si miríadas de ángeles lloraran desconsolados dentro de su cabeza, y abandonó el palacio del rey para pasear la ciudad -bulliciosa aquella noche, como todas las noches del mes del ayuno-, al principio sin rumbo pero pronto hacia el palacio del palmeral del este, escenario de los años más felices de su infancia, y hacia la casa que su madre ocupaba con su hermano Mustafa luego, en uno de los barrios más populares y populosos de la ciudad roja, cerca de la gran plaza central de las maravillas. Desde la noche de la duda, puerta del ramadán, a Yamel habían comenzado a agolpársele en la cabeza aquellos que él consideraba ángeles, o al menos así los denominaba, y cada noche tras la cena le atosigaban con mensajes, en ocasiones difíciles de interpretar, en ocasiones inquietantes. Yamel había salido de palacio vestido con una amplia túnica azul, de aquella tela que llamaban de tan-tan, frecuente en el sur, y creía pasar desapercibido por entre la multitud que disfrutaba del relativo frescor de la noche. Al pasar al lado de uno de los grupos que en la gran plaza hacía corro en torno a un anciano narrador de historias, sin embargo, se encontró su mirada con otra de rara intensidad; era la de un mendigo desarrapado y medio desnudo, en el rostro desdibujada la edad pero en su cuerpo magro aún señales de la juventud. Yamel apartó la mirada de aquella otra de tan vivo mirar y siguió su camino

hacia el extremo de la plaza de donde arrancaba la calle tortuosa que conducía a la casa de su madre Ma Zohra y de su hermano Mustafa. Nada más adentrarse en la calle oyó tras sí que alguien le llamaba.

--Hermano.

Y, al volverse, de nuevo el fulgor de aquella mirada. El mendigo de la plaza estaba frente a él, sin tenderle la mano siquiera, rara imagen de pobreza y dignidad, de belleza desdibujándose o arruinada.

--Yo también tuve una dentadura de oro como tú, joven cortesano, pero mírame ahora. En la privanza del rey, tú vales lo que dure tu belleza... o su capricho. El cielo le maldiga.

Aquella noche de gran luna Yamel y el mendigo se la pasaron conspirando. El mendigo le relató con vivas palabras sus años de adolescente en palacio, sus ilusiones iniciales, su progresiva decepción, ya desdentado y con una dentadura de oro, y su lucha contra la locura tras cada sesión, para él vergonzante al fin, de sexo con el malvado y rijoso monarca. A los dieciocho años había sido expulsado de palacio, devuelto a su familia por loco, y un año después había tenido que vender la dentadura, había abandonado su casa y vagaba y mendigaba por la ciudad desde entonces.

--El palacio real de la ciudad roja está circunvalado por un cinturón de desdichados desdentados como yo, de la misma manera que toda la ciudad circunvalada por un anillo de palmeras.

De aquella inopinada entrevista nació, de alguna manera, el primer chispazo de la conspiración. Yamel mostró su casa al mendigo y le dio uno de sus anillos -el más humilde, aro de plata con diminuto ámbar del color de la miel-, a la vez que le pedía discreción -le iba la vida en ello- y le aseguraba que tendría noticias suyas pronto a través de su hermano Mustafa, el único niño de aquella casa, estudiante en una de las escuelas del barrio viejo de la ciudad roja. Menos de una hora faltaba para amanecer. Yamel y el mendigo desdentado que fuera hermoso se despidieron; Yamel entró en la casa de su madre y el mendigo volvió sobre sus pasos hacia la plaza de las maravillas. Había nacido lo que luego se llamaría la trama civil de la magna conspiración.

El verano que siguió a aquel ramadán fue de febril actividad para Yamel. A su imagen frívola de cortesano elegante, garzón que aún contara con el favor real, se iba superponiendo la del conspirador clandestino. Entre sus compañeros de palacio consiguió crear el grupo básico de lo que luego llamarían la trama militar, treinta y cuatro hombres de confianza que, con él, habrían de ser los treinta y cinco capitanes de la dentadura áurea. Con su madre Ma Zohra, su hermana Mariem -para todos la princesa Fatema, esposa del comandante en jefe del ejército real— y las siete hijas de la reina Yasmina -entre ellas la verdadera Fatema,

en palacio a la espera de la llegada de su prometido el general del ejército destacado en el sur-, la trama femenina, el más perfecto mensajero o enlace operacional.

*

Toda la vida es una lección de muerte como desaparición, de muerte como transformación, de muerte como renacimiento, de cambio. Y tan imperceptible y gradual que sólo muy tarde, cuando ya han sido puestas las bases de la madurez, lo sabes o lo descubres. Tal vez la más dramática y recordada después sea la muerte de la niñez; muerte gloriosa porque te abre las puertas de otra vida, de otra edad que ansías por creer que ella traerá más perfección, tal vez más libertad, y sólo muy tarde descubres que no era así, que la puerta atravesada conducía tan sólo a la comprensión mayor del fenómeno de la vida pero no te añadía mayores cotas de nada nuevo que no hubieras de perder al fin también. A este amanuense la bella y trágica historia de la conspiración de los treinta y cinco capitanes de la dentadura áurea se le antoja, de alguna manera, parábola sutil del tránsito a la edad madura o adulta de toda una generación desdichada por causas ajenas a ella misma, de una generación que en un momento y edad precisa se rebela contra ese destino injusto. Porque –y permítanme, permítanle a este amanuense, antes de continuar con su relato, interpolar una breve reflexión que su ancianidad le dicta- está claro que existe el destino.

Lo que es un verdadero mito es la afirmación rotunda de que en "esa" sociedad -la otra, no la de los grupos del paraíso de las islas- un individuo puede realizarse plenamente; el "hombre que se hace a sí mismo" es un mito más, ocultador de la verdadera realidad porque es excepción; para un espléndido ejemplar de hombre que en lucha contra el "destino" alcanza las cotas más altas de riqueza o poder, hay seguro que mil otros -y me quedo corto- que sucumben a él, que se hunden en la ciénaga de la miseria, la tristeza y la decrepitud. Al destino, al "maktub" o "estaba escrito", al "dios lo quiere", a las tantas otras denominaciones de la incapacidad del hombre singular de luchar o imponerse a las normas establecidas por el grupo -la rebelión contra ello se pagaba normalmente con la muerte-, sucede la exaltación de la lucha contra los privilegiados por el destino, por el "maktub" o el "dios lo quiere" -defensores a ultranza de esas concepciones y sus privilegios- y la fe ciega en que esa lucha tiene que dar sus frutos, puede revolucionar las normas, cambiar el "destino" de la mayoría del grupo. Optimismo y fe en la destrucción generadora de una posterior creación, camino lleno de dificultades y peligros, prometeica ilusión. Tal vez en el paraíso de las islas se esté experimentando la nueva síntesis, transformando sutilmente ese "destino" general, más que del hombre, del grupo. Tal vez...

Porque -y termino- cada vez cree menos en las peculiaridades personales este amanuense. Todos los hombres, en circunstancias similares y con similares condicionamientos, se comportarían de manera similar, muy parecida. Es una intuición muy precisa y, por otra parte, opinión muy generalizada. Miedo y Discordia, diosas antiguas fatalmente rectoras de la vida de la gente -esa diosa terrible, la Discordia, que se muestra pequeña pero que puede crecer hasta el cielo como una Tergú de la tradición popular magrebí-, aparecerán siempre que el grupo cree el caldo de cultivo adecuado para ellas, la inseguridad basada en la desigualdad, por ejemplo. Inseguridad de los que tienen mucho frente a los que no tienen nada y de los que sólo pueden esperar malos sentimientos, inseguridad de los que no tienen frente a los que tienen, de los que sólo pueden esperar malos manejos para perpetuar su estatus y maniobras de diversión. Todos lo supieron siempre, pues del más elemental sentido común, y sólo los rectos y piadosos han hurgado en las razones profundas de esa realidad y en las medidas adecuadas para transformarla radicalmente: cambiar el rollo, abolir el tener o el no tener como base de la movida, descubrir los más íntimos anhelos de la basca -y perdonen por estos términos, basca, movida y rollo, toscos lazos que me unen a mi ya alejada en el tiempo juventud- y poner en pie un montaje en el que esos anhelos puedan verse cumplidos. He ahí el lío -que tampoco es tal-, el laberinto -que siempre tiene una salida-, el nudo gordiano, que decían los antiguos, la maraña a desenmarañar.

Pero debo seguir; otro es el encargo recibido, que no éste de divagar sin fin.

*

En siete grupos de cinco muchachos desdentados articuló Yamel la trama militar, y durante cuatro años todo su esfuerzo consistió en conseguir colocarlos como hombres de confianza del trono en los lugares claves del territorio. Así, tres grupos de cinco muchachos de dentadura áurea llegaron a controlar la policía secreta -todopoderosísima y temida en todo el reino- del norte bereber y montañoso, de la zona costera, administrativa e industrial, y de los anchos llanos del sur; otros cinco muchachos, con Yamel a la cabeza, llegaron a los puestos clave de la guardia real; y otros tres grupos de cinco capitanes de áurea dentadura fueron nombrados para puestos de mando importantes en las tres circunscripciones militares del país, con la ingrata misión de mantener abastecido el frente de guerra de compañías y compañías de chavalería del norte y de la costa. Con la ocasión de la fiesta del trono, cada primavera, los treinta y cinco capitanes de dentadura áurea conseguían realizar su junta o asamblea anual en el propio palacio del rey. No levantaban sospecha alguna pues, con frecuencia, el propio Malek H. Ntani II presidía alguna de las sesiones de esa junta, como fiesta de confraternización

de antiguos compañeros cortesanos, y orgulloso de la fidelidad que mostraban a su persona. Un día, incluso, el rey llegó a comentarle a Yamel, uno de sus cortesanos favoritos y encargado de la guardia real, que estaba muy ufano de aquella verdadera generación de garzones reales, ufano de que su polla engendrara súbditos fieles. Una intuición brillante más del propio Yamel consiguió, a la vez que cohesionaba más si cabe el grupo de los treinta y cinco capitanes, aumentar la confianza real pues el rey vio en ello un gesto supremo de fidelidad: salvo el propio Yamel, todos sus compañeros de conspiración tomaron por esposas a chicas repudiadas del harem real, antiguas concubinas de Malek H. Ntani II, algunas incluso con hijos fruto de aquella pasajera unión. Lo que no podía sospechar el cruel y rijoso monarca era que aquellos que él juzgaba fidelísimos súbditos se habían juramentado en secreto: no habían de engendrar hijos nuevos, pues que tantos niños infelices había en el reino, futura juventud perdida, condenada por la miseria y la desfachatez de sus señores. Más aún, los niños hijos teóricos de sus antiguas concubinas y sus capitanes más fieles que le eran presentados con ocasión de alguna visita, no sabía el rey que no eran en realidad hijos carnales de los dichos sino niños adoptados en el mayor secreto -y hasta tras ostentoso fingido embarazo-, hijos de otros desdentados de menor fortuna, hasta mendigos de la ciudad roja y de otras ciudades del país, verdaderos mensajes de conspiración de la trama civil a la trama militar con el hermano de Yamel, el muchachito Mustafa, como organizador y mensajero.

Yamel, alma y piedra angular de aquella conspiración, había conseguido poco a poco, paso a paso, dotarse de la imagen deseada y que juzgó más apta para lograr el éxito del intento. En la corte se hizo proverbial su hermosura, su elegancia y lujo en el vestir, sus maneras exquisitas y amariconadas, acordes con el papel mucho tiempo representado de garzón relevante, más amado y favorecido por el rey, así como su fría inteligencia y crueldad. Uno a uno fue enviando a la guerra del sur o eliminando sin más a todos sus oponentes en el favor real, y hasta los más poderosos -como aquel que un día había sido enviado real al palacio del palmeral del este de la ciudad roja, encarcelado el año antes del triunfo final de la conspiración acusado de alta traición- cayeron ante el zarpazo inmisericorde del joven jefe de la guardia real, Yamel el Inflexible.

Para todos los cortesanos, que le temían y respetaban aunque en secreto algunos odiaran y despreciaran su aparente mariconería, sólo la figura de Yamel se humanizaba un poco en los contados momentos en que le habían visto en presencia de su hermana Mariem -en realidad Fatema-, la fiel y algo tontita sirvienta de la princesa Fatema -en realidad Mariem-, antes de su desaparición o rapto, catastrófica conmoción cortesana, pocos días después de la boda de la para todos hija mayor de la difunta reina Yasmina.

Verdadero símbolo de Yamel el Inflexible era una bella jineta

de un gris brillante casi perlado y hermosamente atigrada o manchada en negro. El joven Yamel, recién llegado a palacio, la había recogido de recién nacida y la había domesticado -compañera de catre en los días primeros en palacio, días de ilusiones y proyectos luminosos, compañera también de los siguientes de aprendizaje de gestos que ocultaran su progresiva decepción, inseparable después en aquellas noches de llanto, rabia e impotencia previas y siguientes a su pérdida de la dentadura y a las sesiones de sexo con el vicioso monarca que nunca había podido lograr que fueran más placenteras que obsesivamente enervantes y frustrantes-, su jineta elegante y fuerte, orgullosa, la de los prodigiosos saltos, terror de las aves cautivas de palacio y de las aves libres del jardín y que nunca había admitido la presencia de otro animal cercano a ella que pudiera hacerle competencia en aquel espacio amplio que consideraba suyo. Elegante, orgullosa y cruel como su amo, la jineta Yamila era tan temida y respetada como Yamel el Inflexible. En su regazo o en sus hombros solía -infrecuente en otros individuos de su especie- mostrarse tensa y vigilante cuando su amo así se mostraba en ocasiones en que debía prevalecer su autoridad en alguna reunión cortesana. La jineta Yamila, todos lo sabían, no admitía caricias de nadie, ni siquiera del rey, a quien evitaba, salvo de Yamel, de la princesa Fatema y de su sirvienta Mariem. El día de la boda de la princesa Fatema -en realidad Mariem, hermana de Yamel-, la jineta Yamila hizo estragos en una jaula de canarios, uno de los presentes para los recién casados, degollando a todos los pajarillos que no habían conseguido huir. Pero nadie había presenciado los hechos, nadie pudo testificar que hubiera sido ella el depredador.

La generalización de la guerra en el sur decidió al rey Malek H. Ntani II a adelantar las fechas de la boda de su primogénita Fatema -en realidad Mariem- con el notable saharauí de una de las tribus más antiguas y poderosas de los territorios que se enfrentaban a la monarquía y que, al aceptar la soberanía del rey Malek, era considerado entre los suyos como un traidor. En aquellos momentos delicados pensaba nombrarle comandante jefe de todo el ejército real del sur, enzarzado en la guerra, pero bajo el control de cinco de sus hombres de confianza -ya Yamel el Inflexible en alza en la corte-, cinco de sus garzones de dentadura áurea más fieles y valientes, entre ellos un sobrino-nieto del futuro marido de su hija y comandante supremo, el moreno Salem. Tenía Mariem, para todos la princesa Fatema, los diez y seis años cumplidos y el muy poderoso Yamel -su hermano en realidad- casi los diez y nueve. A pesar de que éste había intentado alguna maniobra dilatoria, no había podido evitar que se realizara la celebración de aquellas bodas. En una entrevista secreta que lograron mantener Mariem, Fatema y Yamel concluyeron que era inevitable aquella boda, un gran peligro para la conspiración en marcha el intentar retardarla, y Mariem los consoló de su pena asegurándoles que se sentía fuerte y sabia para poder someter y humillar incluso la débil sexualidad de un viejo como aquel que el rey Malek había decidido por razones de conveniencia política que fuese su marido. No debían preocuparse por su futuro inmediato. Yamel juró a su hermana que aceleraría lo más posible el desenlace de la conjura, y ese juramento fue la despedida en su última y triste entrevista.

La boda de la princesa Fatema -en realidad Mariem, hermana del todopoderoso garzón Yamel-, primogénita del monarca, fue la más ostentosa jamás recordada en el país; ni siquiera la del propio rey Malek y la difunta Yasmina había constituido tan magnífica demostración de riqueza y poderío. Todo el palmeral, cinturón verde de la ciudad roja, se cubrió de tiendas de campaña hermosísimas -las últimas jaymas de pelo de camello tejidas a mano que se conservaban en el país fueron solicitadas y confiscadas para aquella solemne celebración- y se alfombró con miles de tapices riquísimos y de vivo colorido llegados de todas partes y hasta del oriente legendario y prestigioso. Hasta de las regiones más apartadas en las montañas y en el desierto parecieron competir por realzar el brillo de aquellas bodas con exquisitas contribuciones. Y al palacio real y a todos los innumerables palacios de la ciudad roja -incluido el del palmeral del este- acudieron reyes y reinas, presidentes y ministros, delegaciones representativas de las naciones más alejadas de la tierra. La prensa mundial del corazón movilizó sus profesionales más expertos para la semana clave de las fiestas y el gozo parecía ser pleno para todos y cada uno de los sentidos. Los treinta y cinco capitanes de la dentadura áurea tuvieron la oportunidad de realizar la más densa y prolongada de las reuniones y ultimaron los preparativos para rematar su acción. Yamel el Inflexible les comunicó que comenzaba la cuenta atrás: tenía -y a todos se la contagió- prisa.

Transcurridas con normalidad las fiestas de la boda, un nuevo incidente vino a confirmar al joven Yamel en sus prisas. La boda real había hecho resaltar, sin que en realidad lo pretendiera, más bien había sido una falta de previsión, un bajar la guardia en azoradores momentos, la belleza, elegancia y juventud de la sirvienta Mariem -en realidad la princesa Fatema- por encima de su imagen de persona estulta hasta entonces tan bien simulada. No sólo a los ojos de los cortesanos más avisados sino, lo que era más grave, incluso a los ojos del propio rey Malek. Y el rey Malek -sus ojos se le iban con frecuencia tras aquella figurilla que no sabía por qué le removía íntimos recuerdos de juventud, hasta vivencias olvidadas cuando, sin ella percatarse de ello, de reojo captaba alguno de sus más mínimos gestos-, tras la boda, llamó una noche a su presencia al joven Yamel para comunicarle que deseaba ardientemente a su hermana Mariem, que creía que estaba enamorado.

Yamel veló su sobresalto con las más exquisitas de sus maneras y sonrisas, cubrió de besos las manos y los pies de su señor, llegó a quitarse la dentadura de oro por si al monarca se le ofrecía algún servicio particular -no hubo lugar, ya había sido atendido a su gusto aquella tarde en varias ocasiones- y llegó a proponerle, como signo supremo de obediencia y acato familiar, el más sublime rito amoroso.

--Entre ella cubriendo su pecho, mi señor, y yo cubriendo sus espaldas,

compondremos una felicidad trinitaria, haremos de su majestad un emparedado de la dicha y del placer, añadiéndole esa especia embriagadora que mi señor aún no ha gustado de mí, la pizca incestuosa que debe resultar muy excitante...

Hacía días que los recién casados habían partido hacia el sur, adonde se incorporaba el flamante comandante jefe, yerno del rey Malek, seguido de su esposa, y a la sirvienta Mariem, íntima desde la infancia de la princesa Fatema, se había decidido en palacio casarla con el más valiente y esforzado de los generales del sur, el que llevaba sobre sus hombros el peso real de las decisiones militares, ausente de la magna celebración de las bodas de la princesa Fatema pero, en breve, esperado en la corte para rendir cuentas y recibir honores. Yamel, después de la entrevista en la que el rey Malek le abriera su corazón mostrándole el fuego íntimo que su presunta hermana avivaba en él, decidió obrar con rapidez y contundencia. Excitado y nervioso, ya fuera de las habitaciones del rey, buscó a uno de sus más cercanos colaboradores, el moreno saharauí Salem; debía salir al amanecer en un avión especial hacia el sur para incorporarse con su guardia de confianza al frente de guerra en el desierto y Yamel le relató con brevedad lo sucedido. Pusieron en marcha un nuevo plan. La verdadera princesa Fatema debía viajar con Salem en el mismo avión, vestida como uno de sus soldados, y ambos, si era necesario, la verdadera princesa Fatema y el moreno Salem, debían desaparecer en el sur, huir a través del desierto utilizando todos los enlaces que los conspiradores tenían con las tribus confederadas enemigas y ponerse a salvo fuera del país y del escenario de la guerra con los fondos reunidos para las operaciones exteriores. Aunque esto suponía adelantarse unas semanas a lo previsto, era urgente que se llevara a cabo. Salem corroboró la opinión de Yamel.

Esa misma noche, vestido de mujer y cubierto con amplia capa negra, como el rey mismo en ocasiones hacía, Yamel penetró en el jardín del palacio del baño de mármol rosa por el pasadizo usado por el monarca y que sólo muy pocos conocían, se aproximó a la celosía tras la que sabía que su presunta hermana Mariem, la princesa Fatema, descansaba -su insomnio aquella noche favoreció la operación de contacto- y le musitó las palabras claves, protegida su sombra por la más densa de un frondoso rosal, luna nueva casi, como barquita en tenebroso mar o afiladísima hoja de gumiá... A los pocos minutos la princesa Fatema estaba a su lado al pie de la celosía y ambas sombras, protegidas por las sombras de todos los rosales, limoneros, acacias y palmeras del jardín, ganaron el oscuro pasadizo secreto del rey; allí Fatema cambió sus ropas hermosas femeninas por las burdas de soldado, Yamel las suyas de mujer por las habituales de garzón elegante y jefe de la guardia real, y se reunieron con Salem una hora antes de que éste diera la orden de que todos sus hombres se prepararan para el próximo embarque hacia el sur.

Con la salida del sol despegaba del aeropuerto militar de la ciudad roja un gran avión cargo de transporte de tropas con el capitán Salem y sus hombres rumbo al Sahara. Entre ellos, muy cerca del capitán, el bello soldado princesa Fatema.

Hasta el mediodía no se descubrió la desaparición de la sirvienta Mariem en el palacio del hamam de mármol rosa, y hasta últimas horas de la tarde no le fue comunicada a Yamel su desaparición. El capado negro guardián fue torturado por el propio Yamel, enfurecido hasta extremos por nadie vistos hasta el momento, y la jineta Yamila se cebó en aquel corpachón fofo y oscuro dejándole marcados su pecho y rostro por heridas profundas como de múltiples cuchillitos y navajas o bisturíes. Por la noche, enterado el rey, dio permiso a Yamel para que diera muerte al capón negro con sus propias manos. Tres días después, el vestido ensangrentado de la sirvienta Mariem fue encontrado en un pozo cercano al palacio del palmeral del este; Yamel degolló al eunuco y, cubierto con la sangre de su víctima, pidió permiso al rey Malek para iniciar un luto de cuarenta días en memoria de su hermana. Nadie logró dar con los restos de la desdichada muchacha. La jineta Yamila aterrizó a todas las mujeres del harem real durante una semana, asedió a todas las aves enjauladas de palacio hasta tal punto que hubieron de suspender las jaulas del techo, como lámparas, y batió el jardín con tal furor que las aves parecieron evitar los árboles y setos de palacio durante dos lunas.

A la semana siguiente de la desaparición de la sirvienta Mariem se conoció la noticia en la corte: el capitán Salem, con algunos de sus soldados, había muerto en el Sahara. En un desplazamiento rutinario debió de haber caído en una emboscada, pues su camión fue hallado por una patrulla completamente calcinado con restos de cadáveres y las insignias de su uniforme; un informe amasijo de oro era el único resto de su hermosa dentadura, sin duda. De los seis desaparecidos sólo se había podido recuperar los restos de tres de ellos a los que, en seis ataúdes, y a la vez que se condecoraba al general que trajera los despojos del sur en un viaje para informar y para una frustrada boda, se celebraron exequias oficiales en la ciudad roja con la presencia, en representación del rey, de un taciturno y demacrado Yamel el Inflexible, la jineta Yamila al hombro.